

DEPURACIÓN POLICIAL

Víctor Meza

Reza la sabiduría popular: el hombre no nace corrupto; se hace corrupto. Y se hace corrupto en el ámbito de un sistema institucional y cultural determinado. La corrupción del individuo, léase del funcionario o empleado público, es un proceso gradual en que su principal protagonista sufre, a veces sin darse cuenta, un creciente deterioro en su escala de valores, suprimiendo los frenos éticos por el afán desbordado de enriquecimiento. Es un lento proceso de degradación interior, en el que el recato y el pundonor van siendo, poco a poco, sustituidos por el desenfado y el cinismo. Es el camino hacia la descomposición ética.

Vienen al caso estas reflexiones en momentos en que la depuración policial se ha convertido casi en una moda, un tema de tertulia constante, un asunto que oscila entre la curiosidad legítima y el morbo colectivo. Muchos son quienes lo alimentan, tanto algunos entendidos como otros tan novatos como diletantes. Como suele decirse, lo triste es así.

La recién creada Comisión para depurar y reestructurar la Policía hace su trabajo como puede, utilizando la información fragmentada que se encuentra en las diferentes bases de datos de las distintas instituciones del Sector justicia y seguridad. No siempre esos datos son totalmente confiables y, por lo mismo, a veces inducen al error, a la certificación apresurada, la descalificación dudosa o el rechazo cuestionable. Por eso, suele suceder que no salgan todos los que deben salir y no permanezcan todos los que deberían hacerlo. Errar es de humanos, después de todo.

Pero, a pesar de las inevitables fallas, lo cierto es que la depuración avanza y promete, al final, dejar una Policía menos corrupta y más saneada. Y aquí vienen los interrogantes inevitables: ¿es suficiente acaso sólo sacar de las filas policiales a los agentes corruptos? ¿bastará apenas con despedir, “congelar” o suspender a los que son considerados corruptos? ¿no será preciso algo más?

La simple depuración no basta, hace falta llevar a cabo la reforma integral de la institución policial. Si permanecen las actuales estructuras, con los mismos modelos educativos y el viejo e inoperante sistema de inspección general y control interno, la corrupción policial habrá de reproducirse rápidamente y retomar las posiciones perdidas. Los nuevos agentes, insertados en el viejo sistema, sufrirán el mismo

deterioro de sus antecesores. No basta excluir y condenar al corrupto; es necesario cambiar el modelo corruptor. Para eso es necesaria la reforma integral, más que la simple e inofensiva “reestructuración”.

En el reciente pasado, en enero de 2012, el Estado creó una Comisión (CRSP) para proponer las reformas necesarias que permitieran cambiar el sistema de seguridad pública y, en particular, el modelo policial. Trece propuestas fueron entregadas al gobierno de entonces, incluyendo una nueva Ley de Policía, una nueva Ley de la Carrera Policial y un nuevo modelo educativo para formar a los futuros policías. La resistencia al cambio fue tan grande al interior de la institución, como grande fue y ha sido la indolencia e irresponsabilidad de las autoridades llamadas a analizar y, eventualmente, aplicar las recomendaciones presentadas. A finales del año 2011, el gobierno había creado ya la Dirección de investigación y evaluación de la carrera policial (DIECP), que era la entidad llamada a promover la depuración policial. Sin embargo, sus facultades fueron limitadas y no tuvieron el alcance suficiente para que la limpieza interior fuera realmente efectiva. La rodearon con una maraña de procedimientos y trabas burocráticas que, al final, le impidieron hacer a fondo su trabajo. El trabajo de la Comisión de reforma y el de la DIECP debían haber sido complementarios para generar una dinámica de retroalimentación entre la depuración y el cambio institucional. El gobierno no mostró el interés debido y no tomó medidas en esa dirección.

Hoy, cuando la crisis interna de la Policía ha sido aireada en forma escandalosa en los medios de comunicación nacionales y extranjeros, el gobierno no ha tenido más alternativa que crear una nueva Comisión, esta vez sí con las facultades plenas para hacer bien su trabajo. No hay excusas para que no lo hagan, pero eso sí, sin olvidar que el hombre no nace corrupto; se hace corrupto en el sistema en que se desenvuelve. El policía se hace corrupto o más corrupto en el esquema degradado que todavía prevalece en la Secretaría de Seguridad. El fuego, para calentar, como decía Martín Fierro, debe venir desde abajo...